

Historia de una lágrima

La tierra es tan blanda que sus pies quedan cubiertos al pisarla. ¿Serían aptas para el cultivo? Jamás había visto antes arenas tan livianas que la suave brisa fuera capaz de levantar al susurrar sobre el terreno. Esta extraña tierra le recuerda las llanuras de sal del pueblo Afar. Tierras salpicadas de ardientes cristales que una vez contempló con gran asombro cuando atravesó las montañas para ir a Addis Abeba en busca de Kitisha. Ni siquiera entonces, en aquel atrevido viaje más allá del mercado de Turmi, experimentó esta sensación tan sobrecogedora que le impide ahora respirar.

Un temor reverencial le asalta: ¿estará en la casa de Dios? Un poco más allá de la franja blanquecina de esa tierra de granos diminutos, un infinito desierto de agua se extiende antes sus ojos. En el afán de encontrar su fin, siente un leve vértigo pues, por un momento, pierde la referencia de dónde se encuentra: ¿está sobre la tierra o pende del cielo? Son aguas profundamente azules, muy diferentes al torrente fangoso del río Omo que desciende ágil hasta el lago Turkana y encuentra su pueblo al paso. Estas aguas ribetea las extrañas tierras que ahora pisa hasta perderse en la lejanía. Agitados bucles acuáticos se arremolinan revueltos al llegar a tierra en una cíclica danza.

Se siente desfallecer y decide sentarse. La emoción ha agotado las pocas fuerzas que le quedan después de ocho días de intenso camino bajo un sol despiadado. La ración diaria de raíces recolectadas a su paso es muy insuficiente para aportar la energía necesaria que la intensa actividad exige.

Siente que las olas de ese río de una sola orilla empiezan a acercarse con un murmullo hipnótico.

Parecen querer lamer sus pies... Por un momento siente miedo pero no tiene fuerzas para levantarse. El estrépito de las aguas más cercanas le trae imágenes del pasado que prefiere ignorar. Pero es imposible escapar a la atención que demandan los espíritus y tuvo que recordar de nuevo los ojos aterrados de su madre. Hacía años que el río estaba enfadado con su pueblo y aquel día decidió castigarlo de manera ejemplar. Cuando el Omo empezó a llevarse las primeras chozas, su madre decidió que sus dos hermanos y él subieran a la ladera de un pequeño monte cercano. Pero las aguas de repente empezaron a manar del suelo.

Todos avanzaban con gran esfuerzo evitando dejarse arrastrar por la fuerza de la corriente. Él sintió que no podía resistir el ímpetu del río y comenzó a rendirse ante la fuerza de las aguas, pero Kitisha le agarró fuertemente del brazo e intentaba subirle a un tronco seco bien afianzado al terreno. En las ramas superiores, más delgadas, ya se encontraba Dealu, su hermano menor, que se aferraba aterrado a troncos secos de plantas trepadoras. Él intentaba tirar del brazo de Tareke, su madre, que no paraba de agitarse como una hoja en medio de la corriente. Muchas noches de duermevela aún escucha su voz llamándole: “¡Indala! ¡Indala! ¡Sube al tronco!”. Entonces, sólo ve una pluma roja que adornaba el cabello cincelado en barro de su madre. Una estridente pluma que flota desafiante sobre torrenteras de fango. Segundos después es engullida por remolinos de lodo.

Muchos ancianos y niños murieron ahogados. Muchos murieron después por la falta de grano. Las tierras se recubrieron de cieno por lo que las cosechas quedaron destruidas y el ganado extinto. Ya nunca volvió al mercado de Turmi a vender cáscaras de café donde ganaba algún dinero con el que pretendía comprar ganado en algunos años. El río arrastró la vida entera a su paso.

Caracoles de agua cada vez más próximos comienzan a hacer caricias húmedas sobre sus manos. Él juguetea con hacer deslizar ese polvo mojado entre sus dedos construyendo figuras abstractas. Afanado en su tarea con dedicación artesana, consigue olvidar durante un buen rato ese dolor que le oprime el estómago. También uno más sutil pero más doloroso que le aprieta el corazón. El resultado de su labor es una pequeña columna formada por infinidad de hilos de arena húmeda. Sorprendido, reconoce en esa forma extraña los cabellos de Alena delicadamente peinados con barro y grasas de animales.

La quiso como su esposa desde que tuvo consciencia de él, desde que la contemplaba bebiendo de los pechos secos de su madre. Alena jugueteaba con los mil abalorios que aquella lucía orgullosa de su condición de primera esposa. Le fascinaba observarla, coqueta, pintando su cuerpo junto a los pilones de agua verde que salpicaban las llanuras de sulfuro, sal y azufre, a la salida del pueblo, una versión africana del infierno de los hombres blancos. Alena siempre supo que acabaría siendo su esposa. Nunca

pensó que en la vida también hay ríos que se desbocan y arrastran las ilusiones de los hombres dejando sólo la cáscara inerte de lo que una vez fueron.

Él lo intentó con todas sus fuerzas... Empezó un largo viaje hasta Addis Abeba tras Kitisha. Tenía que encontrarle y convencerle de que participara en el Ukili Bula para poder así casarse con Alena. Al ser menor que Kitisha, Indala no podría someterse a esta prueba hasta que él lo hubiera hecho, según marca la tradición. Durante la ceremonia correría sobre el lomo de una docena de vacas, luego controlaría el rebaño dando vueltas a su alrededor con el cuerpo untado de grasa y carbón mientras Alena y otras chicas de la aldea espantaban a las vacas y, finalmente, golpearía a las muchachas con una vara mientras ellas lo provocaban. Tendría que ser el que más y mejor pegara a las chicas para poder así ser el elegido.

Pero nunca encontró a Kitisha a pesar de haberlo buscado durante más de un mes por las calles de la capital. Algún tabernero le comentó que conoció a un hamer alto y escuálido que emitía solos de trompeta imitando al camachuelo. Trabajó de mozo durante casi un año por las tabernas del este de la ciudad y murió, no por el sida que padecía, sino por una paliza que le propinó una de las bandas armadas que frecuentaban los bares de la zona ostentando su kalasnikov.

Nunca perdió la esperanza de volver a encontrarle, ya que la etnia hamer era bastante extensa. Pudo haberse tratado de cualquier otro muchacho del campo que, como su hermano y tantos otros, buscaban hacer dinero para comprar cabezas de ganado y volver a su pueblo como hombres ricos. Después de todo, las continuas hambrunas habían acercado bastante los rasgos tan dispares de una misma etnia. Alena se casó con otro. Después de la última hambruna no supo más de ella.

Tras reponerse ligeramente de su agotamiento, Indala sigue caminando un buen rato siguiendo la línea de espumas hasta toparse con un riachuelo que vierte su exhausto caudal en el desierto de agua.

Diminutos chorros brincan de guijarro en guijarro salpicando jocosos como chispas de una hoguera. Imagina que quizás toda el agua que desapareció de su tierra dejándola seca como cadáveres expuestos al sol fue a parar a aquel sitio. Toda el agua de la tierra estaba allí. Por algún motivo Dios había

separado la tierra y el agua. La drenaba como se extraía la sangre del cuello del ganado. Pero en su caso, había agotado hasta la última gota dejando seco aquel gran animal donde los hombres habitaban y se alimentaban de él como parásitos sobre la piel del hipopótamo. La tierra entera se convirtió en un cuero cuarteado y mal curado plagado de moscas.

Bebe de aquella agua salobre hasta la saciedad y siente que su piel recobra por momentos el brillo de antaño como si la hubiera untado con grasas de animal. La sangre circula con nuevo brío y golpea sus sienas como un tambor. Los ojos vuelven a flotar en sus cuencas, despegándose de la piel que los envuelve. A su paso, el agua que bebe hace renacer cada fragmento de sus tejidos. Le devuelve la vida que se llevó al marcharse de su pueblo.

Unos peces pequeños juegan en la desembocadura. De repente, vuelve a sentir sus tripas reclamando alimentos. Su lanza y su precisión en la caza los lleva hasta su boca impaciente que no siente la quemazón de la carne recién arrancada de las brasas. Hace meses, tal vez años, que no prueba la carne. El sabor de esta no se parece nada al de la carne correosa de las vacas viejas. Extrañas raíces blandas arrastradas por las olas aderezan su magnífico plato. Esta tarde, siente que Dios está contento y le recibe en las puertas de su reino regalándole ese delicioso festín.

Ojala hubiera llegado antes a aquel mágico sitio donde era posible saciar la sed y el hambre. No le hubiera importado recorrer un millón de veces la distancia que lo separa de su aldea con tal de haber podido llevar aquella carne fresca a la pequeña boca de Dealu antes de que el hambre le hubiera llevado a ingerir aquellas malditas raíces. Su pequeño cuerpo, debilitado por el hambre y el dolor, no pudo resistir aquel veneno natural. Cuando levantó su cuerpo para meterlo en la diminuta fosa, no tuvo que hacer ningún esfuerzo. La terrible enfermedad no había borrado la expresión dulce de la cara de su hermano pequeño. Sus brillantes collares y su rostro tranquilo le hicieron pensar que era feliz allí donde había ido.

Indala se acomoda sobre un montículo de tierra y contempla en paz el espectáculo caleidoscópico sobre el horizonte. El gran sol africano se ahoga lentamente en la desembocadura al mar y se desangra en las

aguas de aquel espejo de Dios. Sus párpados empiezan a descender al ritmo de la ofrenda ritual del astro mientras destellos de luces rojas chispean juguetonas en su retina. Juegan vivarachas como lo hacía Dealu correteando torpe tras los niños de la aldea, como Kitisha pretendiendo ser un bravo guerrero agitando su lanza sobre los troncos cortados junto al río, como Alena insertando cuentas en sus collares multicolores, como mamá correteando tras él dentro de su choza los días en que Indala traía algunas monedas del mercado y fingía no querer entregárselas. Sus espíritus vivían ahora en el fondo de aquél mar infinito porque sus vidas se fueron con el agua. Su marcha sólo dejó atrás tierra seca y muerte. Esa agua se llevó sus vidas. Su vida. Extrañamente ahora se la devuelve...

Ahora ya sabe que aquel río sin una orilla es el lugar donde descansan los espíritus de quienes se llevó el agua. Ellos le han llevado hasta allí para infundirle vida porque desean vivir a través de él. Siempre los llevará consigo porque ha bebido el líquido elemento que los contiene. Lleva consigo a todo su pueblo. Los lleva en sus tejidos, en sus vísceras, en su corazón.

Ahora que está en ese sitio sagrado... ¿le permitiría Dios un deseo? ¿Podría hacer realidad su sueño si lo desea con fuerza? ¿Podría Dios, con todo su poder, llevar sólo una parte de aquella agua a su pueblo? ¿Podría hacer ese milagro?

Una lágrima pende. Es una lágrima de esperanza. La lágrima recorre su rostro esculpido en ébano en tan sólo un instante. Cae al aire donde es mecida por la brisa un segundo. Se deposita en el surco que deja un acuático remolino, como una semilla.